

# **LAS SOCIEDADES COOPERATIVAS EN EL TRANSPORTE POR CARRETERA: UNA OPORTUNIDAD PARA EL SECTOR**

por  
CELESTINO GARCIA MARCOS\*

Agradezco a AECOOP la oportunidad que me ofrece de participar en unas jornadas donde tratarán uno de los temas de más actualidad y de extraordinaria importancia para los componentes de un sector cooperativo tan dinámico como el de transportes por carretera. Un sector al tanto de las últimas innovaciones tecnológicas y preparándose con esfuerzo, capacidad e ilusión para responder con eficacia al reto europeo. Sin duda, un ejemplo a seguir.

Me satisface profundamente que los jóvenes conozcan de primera mano las peculiaridades del cooperativismo. AECOOP un año más cumple holgadamente con su función de acercar el mundo de las Cooperativas a la Universidad.

Por supuesto, no me atrevo a hablarles de un tema tan especializado como es el que les reúne: «Las sociedades cooperativas en el transporte por carretera.» Mi papel, en este caso, es más liviano.

Ortega y Gasset decía que él, en muchas ocasiones, se limitaba a lanzar las ideas como liebres, para que los demás corrieran tras ellas, las cazaran, es decir, se hicieran con ellas. Yo me atrevo, sencillamente, a lanzar una idea que, a mi juicio, sugiere un amplio abanico de reflexiones a los universitarios.

La primera es la vinculación del cooperativismo con el concepto de *emprendedor*. Si no se entiende así, el cooperativismo se convierte en una figura engañosa. La cooperativa que nazca sin vocación

---

\* Director General de Fomento de la Economía Social.

empresarial, sin un proyecto económico y personal definido y sin una gestión profesional adecuada, está condenada al fracaso. Por tanto, no estamos hablando del cooperativismo como una salida de emergencia frente al paro, sino como la puerta de entrada al mundo laboral. Una cooperativa será rentable en la medida que su proyecto empresarial es válido para competir y creará empleo si se basa en un proyecto factible para captar una determinada cuota de mercado.

Competir: he ahí el santo y seña de la sociedad actual.

Como dice el recién nombrado Presidente de la Alianza Cooperativa Internacional, Roberto Rodrigues: *«La globalización nos coloca en lo que podríamos llamar tercera guerra mundial; una guerra por lucro y resultados; una guerra en la cual las únicas armas que existen son la competitividad, la eficiencia, la rapidez y la percepción.»*

Una cooperativa es, en efecto, un instrumento que los hombres y mujeres emprendedores utilizan para llevar a cabo un proyecto profesional pero, a la vez, es una figura jurídica y económica que se adapta perfectamente a las exigencias del moderno sistema de producción y del mercado laboral.

El actual es un sistema que se basa en una mayor descentralización de la producción, una especialización de la misma y la externalización de determinadas demandas de servicios que antes eran satisfechas en la propia empresa. El nuestro, es un mundo de profundos cambios y transformaciones económicas, tecnológicas, en el funcionamiento de los mercados y, en definitiva, en la organización del trabajo.

Para lo que nos interesa, desde el punto de vista del cooperativismo, podemos decir que del trabajo realizado por cuenta ajena en la empresa se pasa a trabajos realizados por contrato fuera de la empresa. De lo que se deduce que ya es posible, e incluso necesario, dejar de tener como una perspectiva o enfoque de la vida profesional el trabajo por cuenta ajena y dentro de la empresa para pasar a pensar en el trabajo por cuenta propia fuera de la empresa.

Otro de los cambios, quizá uno de los más significativos, es que las empresas creadoras de empleo son, mayoritaria y principalmente, las pequeñas y medianas empresas. En esta línea se sitúa la «Estrategia Europea a favor del Empleo», de la Unión Europea, para quien «las pequeñas y medianas empresas son una fuente dinámica de puestos de trabajo, porque pueden responder de manera más rápida que las grandes empresas a las nuevas oportunidades y tienen mayor flexibilidad para adaptarse a las circunstancias económicas». En Europa, por ejemplo, han incrementado los niveles de empleo en un 150 por ciento. En España, concretamente, representan el 95 por ciento de la

población empresarial, que supone el 75 por ciento del empleo, genera el 70 por ciento del PIB y el 50 por ciento de las ventas.

Desde el punto de vista del cooperativismo —en cuanto está formado mayoritariamente por pequeñas y medianas empresas— estos datos nos dan razones para ser optimistas, pero no triunfalistas. Estoy hablando en el ámbito del posibilismo y no en el de la euforia.

Y es que otros datos (Stephen C. Harper) dice que el 50 por ciento de los 700.000 negocios que se empiezan todos los años no estarán aquí dentro de tres años y dentro de veinte años sólo habrá resistido el 20 por ciento.

¿A qué se debe este resultado? Parece —según Duns and Bradstreet— que el 90 por ciento de los fracasos son debidos a errores en la dirección del negocio por falta de conocimiento y experiencia y no a situaciones externas como inflación, recesión, intereses altos, etc. Un estudio realizado en Estados Unidos confirma que lo más crucial de un nuevo proyecto es el fundador y la calidad del equipo de la compañía.

El desarrollo de iniciativas empresariales requiere básicamente una voluntad de trabajar con orientación a resultados de asumir riesgos, de perseverancia, esfuerzo y dedicación. Estos valores que caracterizan la figura del emprendedor constituyen elementos básicos para un proyecto de cooperativa.

Aquí es donde me gustaría lanzar mi idea-liebre: cooperativismo significa «trabajo para emprendedores; los demás, abstenerse».

El perfil del emprendedor encaja perfectamente en el perfil del cooperativista: un hombre, un voto; institucionalización de la responsabilidad de los socios en la gestión y marcha de la empresa; o sea, la marca de fábrica de la cooperativa: autogestión, autorresponsabilidad, solidaridad.

Ya se ha dicho que la cooperativa no puede ser una salida de emergencia. No sólo porque significa ir al fracaso sino, sobre todo porque el cooperativismo posee unos ideales y unos valores defendidos durante más de ciento cincuenta años y que, hay que resaltarlos, representan —siguiendo la concepción ética de la empresa diseñada por la profesora Adela Cortina— una adaptación de los valores ciudadanos (libertad, no explotación, solidaridad), a la actividad empresarial.

Solidaridad, que significa compromiso con los socios y con la cooperativa. Cuando la permanencia de la empresa es un proyecto, los socios-ciudadanos de la cooperativa, ejercen de hecho una responsabilidad colectiva: el estar a las duras y a las maduras. A las duras de ajustarse el cinturón para posibilidad que el proyecto siga siendo viable y a las maduras de beneficiarse del éxito obtenido. O sea:

que forman un equipo, uno o varios grupos de calidad orientados al mismo destino: llevar adelante el proyecto empresarial.

La ilusión de trabajar en una organización en la que se escucha a todos los socios, en la que todos los socios participan democráticamente de la toma de decisiones, constituye una fuente de motivación. Mantener el espíritu de autocrítica y de mejora continua, contribuye a la formación de una cultura empresarial, de modo que a las cooperativas pueden considerárselas como escuelas informales de empresarios.

En los momentos de cambios —como es nuestra época— se valoran en profundidad aquellas doctrinas, ideas o experiencias que perduran a lo largo del tiempo, a pesar de los vientos racheados que se llevan por delante tantas y tantas experiencias, ideas o doctrinas.

Después de ciento cincuenta años de su nacimiento, el movimiento cooperativo sigue enarbolando la misma bandera izada día a día por la Alianza Cooperativa Internacional: «*Las cooperativas están basadas en los valores de la autoayuda, la autorresponsabilidad, la democracia, la equidad, la solidaridad. Siguiendo la tradición de los fundadores, los socios cooperativos hacen suyos los valores éticos de la honestidad, la transparencia, la responsabilidad y la vocación social.*»

Para los jóvenes, el desafío que supone poner en práctica estos valores más la libertad que representa el ser «empresario» y responsable de su propio proyecto ha de ser un estímulo. Ser empresario, tanto individual como colectivo, es un riesgo, pero también un camino gratificante desde el punto de vista económico y social.

Porque junto a la naturaleza empresarial, las cooperativas no pueden eludir su naturaleza social.

Don José María Arizmendiarieta, sin duda, me daría la razón. El líder y fundador de la gran experiencia cooperativa de Mondragón explicó todo el acervo ético y social que contiene el ideal cooperativo en esta máxima: «Para que uno sea capaz de cooperar es preciso que haya aprendido a domesticar sus instintos individuales o egoístas y sepa plegarse a las leyes de la cooperación. Necesitamos cooperativas que sean baluarte de justicia social y no simplemente unos negocios más o menos interesantes para sus promotores.»

Para quienes están en el umbral de una vida profesional que se presenta difícil y áspera, los valores cooperativos representan, sin duda, un magnífico punto de referencia.